

DOMINGO 17-B DEL TIEMPO ORDINARIO



Gracias por el sentido del gusto,
por mis gustos concretos
y los sabores que puedo distinguir
y tengo la suerte de probar.
Gracias por la comida compartida,
por tu Palabra narrada como Buena Noticia en torno a la mesa.
No dejes que la lengua se me vuelva amnésica,
no dejes que me sacie y me harte.
Acompáñame en las tentaciones consumistas e insolidarias.
Enséñame a compartir.
Enséñame a mirar con cariño y esperanza mis recursos
y a confiar en su capacidad multiplicadora.

PRIMERA LECTURA.

Lectura del segundo libro de los Reyes 4, 42-44.

En aquellos días, uno de Baal-Salisá vino a traer al profeta Eliseo el pan de las primicias, veinte panes de cebada y grano reciente en la alforja. Eliseo dijo: «Dáselos a la gente, que coman.»

El criado replicó: «¿Qué hago yo con esto para cien personas?»

Eliseo insistió: «Dáselos a la gente, que coman.

Porque así dice el Señor: Comerán y sobrarán.»

Entonces el criado se los sirvió, comieron y sobró, como había dicho el Señor.

SALMO RESPONSORIAL. Salmo 144.

Antífona: Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores.

Que todas tus criaturas te den gracias, Señor, que te bendigan tus fieles; que proclamen la gloria de tu reinado, que hablen de tus hazañas.

Los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo; abres tú la mano, y sacias de favores a todo viviente.

El Señor es justo en todos sus caminos, es bondadoso en todas sus acciones; cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente.

Lectura de la carta del apóstol San Pablo a los Efesios 4, 1-6.

Hermanos:

Yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados.

Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor; esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todo, que lo trasciende todo, y lo penetra todo, y lo invade todo.

Lectura del santo Evangelio según San Juan 6, 1-15.

En aquel tiempo, Jesús se marchó a la otra parte del lago de Galilea (o de Tiberíades). Lo seguía mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos.

Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos.

Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús entonces levantó los ojos, y al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe: «¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?»

Lo decía para tantearlo, pues bien sabía él lo que iba a hacer.

Felipe le contestó: «Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo.»

Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces; pero, ¿qué es eso para tantos?»

Jesús le dijo: «Decid a la gente que se siente en el suelo.»

Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; sólo los hombres eran unos cinco mil.

Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado.

Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: «Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie.»

Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada, que sobraron a los que habían comido.

La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía: «Éste sí que es el Profeta que tenía que venir al mundo.»

Jesús entonces, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo.



COMPARTIR EL PAN

Ningún evangelista ha subrayado tanto como Juan el carácter eucarístico de la «multiplicación de los panes». Su relato evoca claramente la celebración eucarística de las primeras comunidades. Para los primeros creyentes, la eucaristía no era solo el recuerdo de la muerte y resurrección del Señor. Era, al mismo tiempo, una «vivencia anticipada de la fraternidad del reino».

Durante muchos años hemos insistido tanto en la dimensión sacrificial de la eucaristía que podemos olvidar otros aspectos de la cena del Señor. Quizá hoy tengamos que recordar con más fuerza que esta cena es signo de la comunión y fraternidad que hemos de cuidar entre nosotros y que alcanzará su verdadera plenitud en la consumación del reino. La eucaristía tendría que ser para los creyentes una invitación constante a vivir compartiendo lo nuestro con los necesitados, aunque sea poco, aunque solo sean «cinco panes y dos peces».

La eucaristía nos obliga a preguntarnos qué relaciones existen entre aquellos que la celebramos, pues, siendo «signo de comunión fraterna», se convierte en burla cuando en ella participamos todos, los que viven satisfechos en su bienestar y quienes pasan necesidad, los que se aprovechan de los demás y los marginados, sin que la celebración parezca cuestionar seriamente a nadie.

A veces nos preocupa si el celebrante ha pronunciado las palabras prescritas en el ritual. Hacemos problema de si hay que comulgar en la boca o en la mano. Y, mientras tanto, no parece preocuparnos tanto la celebración de una eucaristía que no es signo de verdadera fraternidad ni impulso para buscarla.

Y, sin embargo, hay algo que aparece claro en la tradición de la Iglesia: «Cuando falta la fraternidad, sobra la eucaristía» (Luis González-Carvajal). Cuando no hay justicia, cuando no se vive de manera solidaria, cuando no se trabaja por cambiar las cosas, cuando no se ve esfuerzo por compartir los problemas de los que sufren, la celebración eucarística queda vacía de sentido.

Con esto no se quiere decir que solo cuando se viva entre nosotros una fraternidad verdadera podremos celebrar la eucaristía. No tenemos que esperar a que desaparezca la última injusticia para poder celebrarla. Pero tampoco podemos seguir celebrándola sin que nos impulse a comprometernos por un mundo más justo.

El pan de la eucaristía nos alimenta para el amor y no para el egoísmo. Nos impulsa a ir creando una mayor comunicación y solidaridad, y no un mundo en el que nos desentendamos unos de otros.

José Antonio Pagola

PARTAGER LE PAIN

Aucun évangéliste n'a souligné autant que Jean le caractère eucharistique de la «multiplication des pains». Son récit évoque clairement la célébration eucharistique des premières communautés. Pour les premiers croyants, l'Eucharistie n'était pas seulement le souvenir de la mort et de la résurrection du Seigneur. Elle était en même temps une «expérience anticipée de la fraternité du royaume».

Pendant de nombreuses années, nous avons tellement insisté sur la dimension sacrificielle de l'Eucharistie que nous pouvons oublier d'autres aspects de la Cène du Seigneur. Aujourd'hui, nous devons peut-être nous rappeler plus fortement que ce repas est le signe de la communion et de la fraternité que nous devons cultiver entre nous et qui atteindra sa véritable plénitude lors de la consommation du royaume. L'Eucharistie devrait être pour les croyants une invitation constante à vivre en partageant ce qui nous appartient avec ceux qui sont dans le besoin, même si c'est peu, même si ce n'est que «cinq pains et deux poissons».

L'Eucharistie nous oblige à nous interroger sur les relations qui existent entre ceux qui la célèbrent, car, étant un «signe de communion fraternelle», elle devient un simulacre lorsque nous y participons tous (ceux qui vivent satisfaits de leur bien-être et ceux qui sont dans le besoin; ceux qui profitent des autres et ceux qui sont marginalisés), sans que la célébration ne semble remettre sérieusement en question qui que ce soit.

Parfois, nous nous inquiétons de savoir si le célébrant a bien prononcé les mots prescrits par le rituel. Nous nous faisons du souci pour savoir s'il faut prendre la communion dans la bouche ou dans la main. Et, pendant ce temps, nous ne semblons pas si préoccupés par la célébration d'une eucharistie qui n'est souvent ni un signe de vraie fraternité, ni un engagement à la rechercher.

Et pourtant, il y a quelque chose de clair dans la tradition de l'Église: «Quand la fraternité fait défaut, l'Eucharistie est superflue» (Luis González-Carvajal). Quand il n'y a pas de justice, quand on ne vit pas de manière solidaire, quand on ne travaille pas pour changer les choses, quand on ne s'efforce pas de partager les problèmes de ceux qui souffrent, la célébration eucharistique reste vide de sens.

Cela ne veut pas dire que c'est seulement lorsque la vraie fraternité sera vécue entre nous que nous pourrons célébrer l'Eucharistie. Nous ne devons pas attendre que la dernière injustice disparaisse pour célébrer l'Eucharistie. Mais nous ne pouvons pas non plus continuer à la célébrer sans qu'elle nous pousse à nous engager à construire un monde plus juste.

Le pain de l'Eucharistie nous nourrit pour l'amour et non pour l'égoïsme. Il nous pousse à créer progressivement une plus grande communication et une plus grande solidarité, et non un monde dans lequel nous nous ignorons les uns les autres.

José Antonio Pagola Traductor: Carlos Orduña